

MARI JUNGSTEDT

LA HABITACIÓN SELLADA

Traducción de:
CARMEN MONTES CANO



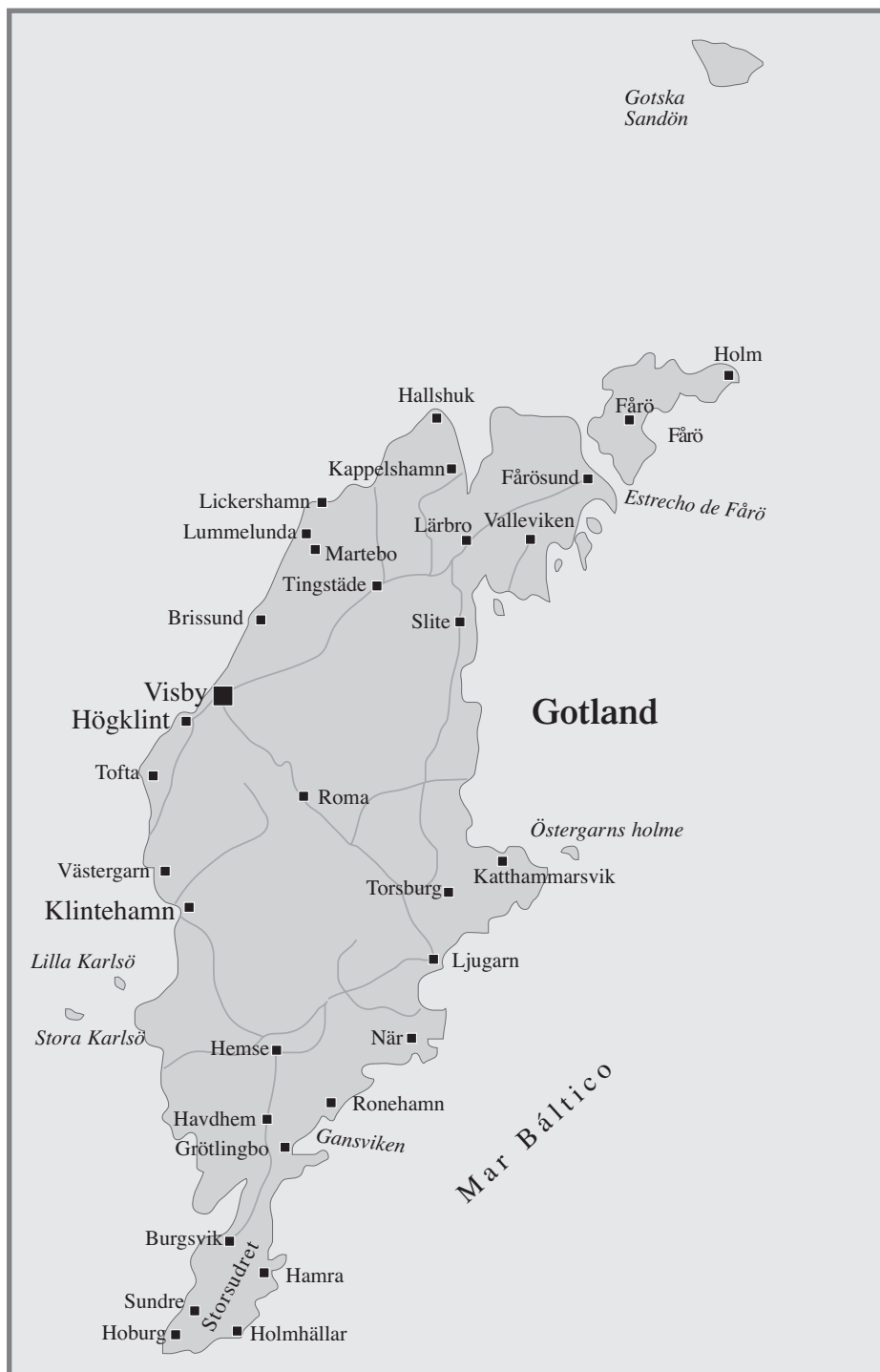
MAEVA | NOIR

*Para Lena Allerstam,
siempre a mi lado con su sensatez y su cariño.
Gracias por todo lo que me das.*

SUECIA



GOTLAND



LAS Suntuosas mansiones, muchas de ellas provistas de jardines frondosos y embarcadero privado, se alineaban en la orilla del lago Mälaren. Aquí y allá había estrechos tramos de playa públicos, de modo que quienes no poseían villas millonarias tenían igualmente acceso al baño.

Él había llegado una hora antes y se había sentado en una roca, a una distancia segura de la casa, aunque con buena visibilidad. Ella tenía la costumbre de darse un baño todas las mañanas más o menos a la misma hora, tanto en verano como en invierno. Así que estaba esperando a que apareciera. Se sirvió otra taza de café del termo que llevaba y sacó un bocadillo de paté del envoltorio de papel de aluminio.

Dio un bocado y observó la moderna mansión, parte de cuya fachada era de cristal y daba al lago. Tenía varios balcones en distintas plantas y una terraza muy amplia abajo, junto a la orilla. Sobre ella había una caseta de cristal con chimenea. Supuso que sería una sauna. Al lado se veía también un muelle con un barco de motor de lujo con un puente de mando extra y con una cubierta superior.

Dejó de masticar de pronto y bajó la mano en la que sostenía el bocadillo. Una figura en albornoz salió a uno de los balcones superiores y bajó al embarcadero. El corazón empezó a latirle más rápido en el pecho. Dejó la taza de café en la superficie lisa de la roca y guardó el resto del bocadillo en el papel de aluminio. Echó mano de los prismáticos. No cabía duda, era ella. Llevaba la melena pelirroja y rizada recogida en un moño en lo alto de la cabeza. Su cuerpo era blanco y delicado, y vestía un albornoz azul bien atado a la cintura.

Brillaba el sol y hacía una temperatura bastante agradable, a pesar de que solo estaban a primero de mayo y aún era temprano por la mañana. Calculó que estarían a unos dieciocho grados, pero el agua no estaría a más de doce.

Cuando llegó al embarcadero, se quitó el albornoz y lo colgó en una barandilla junto a la sauna antes de dirigirse al agua sin miedo. Sin dudar ni un segundo, bajó la escalera y se zambulló. Se alejó unos metros nadando antes de volver. Él se percató de que no había metido la cabeza, seguro que no querría mojarse el pelo.

Después del chapuzón, se envolvió de nuevo en el albornoz. Él creía que volvería a la casa, sin embargo, la mujer sacó el móvil y entró en la sauna.

Empezó a impacientarse: engulló el resto del bocadillo, apuró el café que le quedaba y recogió sus cosas. Se colgó el saco del hombro y se apresuró a enfilar el sendero que discurría junto a la orilla del lago en dirección a la casa.

Al llegar a la parcela, vio un letrero donde decía «Privado» delante de una de las verjas y se detuvo un instante. Miró a su alrededor, no había un alma a la vista. No eran más de las ocho. Además, era festivo, el día siguiente a la Noche de Walpurgis, y la mayoría de la gente había estado celebrando hasta tarde. Seguro que los vecinos aún seguían durmiendo. Al igual que, con toda probabilidad, el resto de la familia.

Decidió arriesgarse, entró en la parcela, se agazapó detrás de unos arbustos y bajó deprisa hacia el embarcadero. Oyó su voz, estaba allí dentro, en la sauna, hablando con alguien. El tintineo de su risa resonó a través de la pared. Con mucho cuidado, avanzó hacia la casa, la rodeó hasta el otro lado, donde la fachada era entera de cristal, y se encogió de tal modo que el equipo de la sauna ocultaba su presencia.

Ella estaba sentada de espaldas en el primer banco, mirando al agua. Se había quitado el albornoz. Llevaba un bañador negro con un amplio escote en la espalda, y él podía verle la piel clara, de un blanco casi antinatural, con algunas pecas pequeñísimas. Ya podía oír lo que decía a la perfección.

—Sí, será perfecto, ¿verdad? Así podremos tomarnos una copa de champán y abrir los regalos antes de bajar al restaurante. Luego he pensado que podríamos hacer alguna que otra excursión durante el fin de semana.

Calló unos instantes y escuchó a la persona que había al otro lado.

—Ya, sí, ya sé que a Simon le va a encantar. Invitaremos primero a una comida en Kalklidan.

Nueva pausa.

—Pues claro, pienso ir a Gotland el puente de la Ascensión, así que podré planificarlo sin prisas.

Soltó una carcajada al oír lo que decía la otra persona.

—Ya, es verdad, soy una friqui del control. Pero es que el viernes es día laborable entre los dos festivos, así que tengo cuatro días para prepararlo todo, es perfecto.

Él siguió escuchando muy concentrado, cada vez más satisfecho con la información que ella le estaba proporcionando. «“Perfecto” es la palabra, desde luego», pensó.

Sintió un cosquilleo en el estómago. Aquello era demasiado bueno para ser verdad. Se levantó con cuidado y se alejó sigiloso de allí. Llevaba mucho tiempo pensando en aquello, considerando las distintas opciones.

Ya sabía qué hacer.

DENSOS NUBARRONES NEGROS surcaban el cielo sobre el mar que rodeaba el cabo árido. Se fundían en el horizonte, desdibujaban sus límites. El silencio en la solitaria península del extremo nordeste de Gotland le infundía, en condiciones normales, una sensación de paz, pero en estos momentos solo le resultaba inquietante. Era extraño cómo cambiaban las cosas según su estado de ánimo, como si la negrura que llevaba dentro coloreara el paisaje.

Se encontraba en lo alto de un cerro, por encima de la vieja cantera que llevaba más de cincuenta años en desuso. El paisaje se prolongaba a lo lejos pedregoso e inhóspito en apariencia, con un mar infinito que se extendía por tres puntos cardinales. Las olas iban y venían, se arremolinaban en crestas de espuma blanca. Daba la impresión de que iba a levantarse el viento. Allí no había ni coches ni un solo ser humano a la vista.

Olivia Wide reflexionaba sobre su matrimonio, que ya no le parecía tan incuestionable. Simon y ella llevaban juntos más de un cuarto de siglo. La convivencia implicaba ciertos retos, pero ella había luchado año tras año por conseguir que todo funcionara.

Olivia podría haber estado con quien hubiera querido, era guapa, tenía una buena formación y provenía de una familia acaudalada en la que no carecían de nada. A pesar de que había tenido muchos pretendientes millonarios, ella eligió a Simon,

un hombre atractivo con una vida ordenada. Pero bajo la alegre superficie se escondían las sombras: sufría períodos de depresión y dificultades para conciliar el sueño. En cierto modo, eso la sedujo también, le parecía emocionante. Pero resultó que Simon tenía la mentalidad de un avestruz: evitaba los conflictos y no le gustaba hablar de las dificultades, sino que prefería hacer como que no existían.

Tras una serie de intentos para conseguir que fuera a terapia, Olivia se rindió y pensó que tendría que convivir con ese comportamiento evasivo. Después de todo, Simon tenía muchos aspectos positivos: era gracioso y espontáneo, siempre andaba organizando algo. Cuando estaba de buen humor, no tardaba en convertirse en el alma de la fiesta.

Hacía poco, un par de semanas antes de cumplir cincuenta años, llegó el duro golpe que puso patas arriba toda la existencia de Olivia. Ahora ya no sabía qué hacer. Se sentía como una niña a la que hubieran abandonado en la oscuridad en terreno desconocido.

Se pasaba las noches enteras sin dormir, mirando al techo. Las ideas iban y venían sin ton ni son. ¿Cómo debía actuar ante lo que acababa de saber? La infidelidad la impulsaba a querer dejarlo en el acto y acabar con todo.

Y eso sería difícil. No solo porque nunca llegaron a firmar capitulaciones matrimoniales, de modo que, si se separaban, Simon tendría derecho a la mitad de cuanto poseían, a pesar de que era ella quien lo había comprado todo. El dinero era suyo. La familia de Simon era más o menos acomodada y poseía un inmueble muy atractivo en el archipiélago de Estocolmo, y él dirigía una empresa que, se suponía, iba bien, pero no contaba ni de lejos con los recursos de que ella disponía. Olivia jamás tuvo que preocuparse por su subsistencia, no era esa la razón por la que trabajaba. Aunque la mitad de los bienes le correspondieran a él si se separaban, ella apenas lo notaría desde el

punto de vista económico. Los niños tampoco se verían demasiado afectados. Ya se habían independizado, tenían relaciones formales y estaban más que ocupados con sus vidas. A ella le parecía casi imposible continuar con la relación. ¿Cómo iba a recuperar la confianza en él, la fe que tanto necesitaba? Olivia siempre había gozado de estabilidad económica, pero tenía una gran necesidad de estabilidad mental.

¿Existía otra salida que no fuera el divorcio? La idea de la separación implicaba cambios muy duros, incluidos los aspectos de tipo práctico. ¿Cómo se las arreglaría para vivir sola en la gran mansión de Mälarhöjden? ¿O en la casa de verano de Gotland? ¿Y qué haría con el barco? ¿O con la casa de la montaña? Si ni siquiera sabía cómo se encendía la sauna o se izaba la bandera del jardín... Ni cómo funcionaba la piscina, se arrancaba el motor del barco o se le ponía aceite al coche. ¿Qué iba a hacer si se producía un corte de luz o un atasco en las tuberías, o si venía una nevada y había que quitar la nieve a paletadas? Le causaba pavor la idea de una vida en la que, después de la jornada laboral, llegara a un hogar vacío y oscuro para prepararse la cena ella misma y dormir sola en la enorme cama matrimonial. ¿Abrirse una cuenta de Tinder a los cincuenta y tres años? ¿Qué posibilidades tendría de conocer a alguien entre tanto huevo podrido? La descripción que sus amigas solteras hacían de tantas citas catastróficas con hombres groseros, inseguros y nerviosos a los que habían conocido en internet le daba escalofríos.

Olivia había cenado con una vecina en Bungenäs la noche anterior y le había hablado bastante de Simon, a pesar de que no hacía tanto que se conocían. Bebieron unas cuantas copas de vino y una cosa llevó a la otra. Pero lo más importante se lo guardó para ella. Era demasiado grave y demasiado doloroso.

Dio un suspiro y se cruzó de brazos con fuerza. Se acarició a sí misma, como para apaciguar tales pensamientos inquietantes.

Dirigió la mirada al horizonte. A unos kilómetros al norte se encontraba el estrecho de Fårö y, más allá, al este, el golfo de Riga. Aunque era consciente de la belleza de aquel paisaje despojado e intacto que la rodeaba, no había ni rastro de la calma que siempre sentía allí. Ahora solo existían la preocupación y la angustia. Olivia se estremeció. Las temperaturas eran bajas para aquella época del año.

Y en su interior hacía aún más frío.

EL CORTACÉSPED SE puso en marcha con su runrún habitual. Anders Knutas empezó su cancioncilla de siempre. ¿Cuántas veces habría hecho lo mismo? Ir de aquí para allá por la parcela cortando el césped mientras Line, su exesposa danesa, trajinaba en la cocina y se ocupaba de los niños. Miró hacia la vieja cabaña de verano. Ahora era Karin la que estaba sentada allí dentro, con la cara vuelta al sol y los ojos cerrados. Tenía las manos cruzadas sobre la barriga. Knutas experimentó una sensación de irrealidad.

La imagen de Line embarazada se le cruzó por la cabeza. ¡Qué lejano se le antojaba aquello! Como si fuera otra vida. Sus mellizos, Petra y Nils, ya eran adultos: vivían en la península, y estaban más que ocupados con sus vidas y con sus cosas. Line había vuelto a Dinamarca y vivía en Copenhague con otro hombre.

Karin era muy distinta de Line en todos los sentidos. Bajita y menuda, morena y casi quince años más joven que él. Su principal colega en el trabajo, taciturna y misteriosa durante mucho tiempo y con un perfil bajo en general. Tras divorciarse de Line, Knutas anduvo solo y meditabundo un tiempo, pero luego empezaron a verse. Y, algo después, Karin le desveló que llevaba tiempo enamorada de él y que tenía una hija a la que había dado en adopción, pues fue el resultado de una violación que sufrió de adolescente. Ella ya había recuperado el contacto con Hanna, su hija, y Knutas se alegraba muchísimo. Y ellos, Karin y él, estaban a gusto juntos.

Y ahora, en el otoño de sus días, iba a ser padre otra vez. Le resultaba surrealista e incomprensible. La criatura nacería dentro de seis semanas, ya había empezado la cuenta atrás.

Claro que le hacía ilusión, aunque al principio acogió la noticia con escepticismo. Acababa de cumplir sesenta y cinco años y estaba deseando iniciar una jubilación tranquila y libre de problemas dentro de un par de años. Aún trabajaba a jornada completa, pero tenía pensado ir reduciéndola, quizá se podría tomar los viernes libres, para empezar, y así poder irse al campo los jueves por la noche si le apetecía. Trabajar en el jardín, tener tiempo para leer, reparar su viejo coche, resolver crucigramas, escuchar la radio sin que nadie se quejara y le pidiera que bajara el volumen... Disfrutar de la vida en paz y tranquilidad, sin tantas responsabilidades.

Ahora, en cambio, le esperaba una existencia distinta por completo. No podía negar que la tarea le causaba terror. Sin embargo, había querido tener el niño por Karin, y había decidido hacer todo lo que estuviera en su mano para que las cosas fueran bien. Petra, Nils y Hanna ya se habían ofrecido a hacer de canguro, gracias a Dios, así que Karin y él podrían hacer alguna escapada para estar solos cuando quisieran. Aunque para eso aún faltaba. Primero, la criatura tenía que aprender a tomar biberones y acostumbrarse a que la atendieran otros. ¿Cuánto había que esperar para poder dejar al niño con otra persona un fin de semana? ¿Seis meses? ¿Un año?

Trató de recordar cómo fue con Petra y Nils, pero le fue imposible. Pensó que era extraño la manera en la que nos olvidamos de ciertas cosas y le vino a la memoria la imagen de los gemelos de pequeños. ¿Cuándo dejó Line de darles el pecho? ¿Cuándo se acabaron los pañales? ¿Y el chupete? ¿Cuál fue la primera palabra que pronunciaron? No se acordaba, lo que le pareció un poco triste.

Knutas apagó el cortacésped y todo quedó en silencio. Miró a Karin, que se había quedado dormida en la hamaca. Se la veía

tan tranquila y satisfecha... Sabía lo feliz que era de ser madre otra vez. De no tener que abandonar a su hijo.

Una sensación de confianza lo inundó por dentro. Los dos eran personas adultas, maduras, y tenían todas las posibilidades del mundo. Como jubilado, él tendría tiempo para dedicarse a la criatura en lugar de a los nietos, como hacían los demás. Soltó una risita al pensarlo. No tenía sentido preocuparse por el futuro y lamentarse por lo que pasaría cuando el bebé fuera creciendo con un padre tan mayor. Pensaba disfrutarlo mientras pudiera.